

DEUDAS, DROGAS, FIADO Y PRESTADO EN LAS TIENDAS DE ABARROTES RURALES

por Magdalena Villarreal*

*No fío
porque fiando considero
que voy perdiendo un amigo
y ganando un enemigo
a costa de mi dinero*

*No está el que fía
salió a partirle la madre
a uno que le debía*

*Hoy no fío,
mañana sí¹*

Gran cantidad de comercios rurales ostentan letreros como éstos, pero la mayoría siguen “fiando”, al igual que los vendedores ambulantes, los distribuidores de fertilizantes y las tiendas de muebles, ropa y utensilios de cocina. El mecanismo de pago diferido o “fiado” es sólo uno de los dispositivos de deuda y crédito que sostienen a las vulnerables economías familiares. Se suman además los préstamos de cajas de ahorro, de la banca, y de prestamistas o usureros; las tandas, cundinas o rifas, y los “apoyos” gubernamentales y no gubernamentales orientados a grupos de menores

ingresos, entre otros.

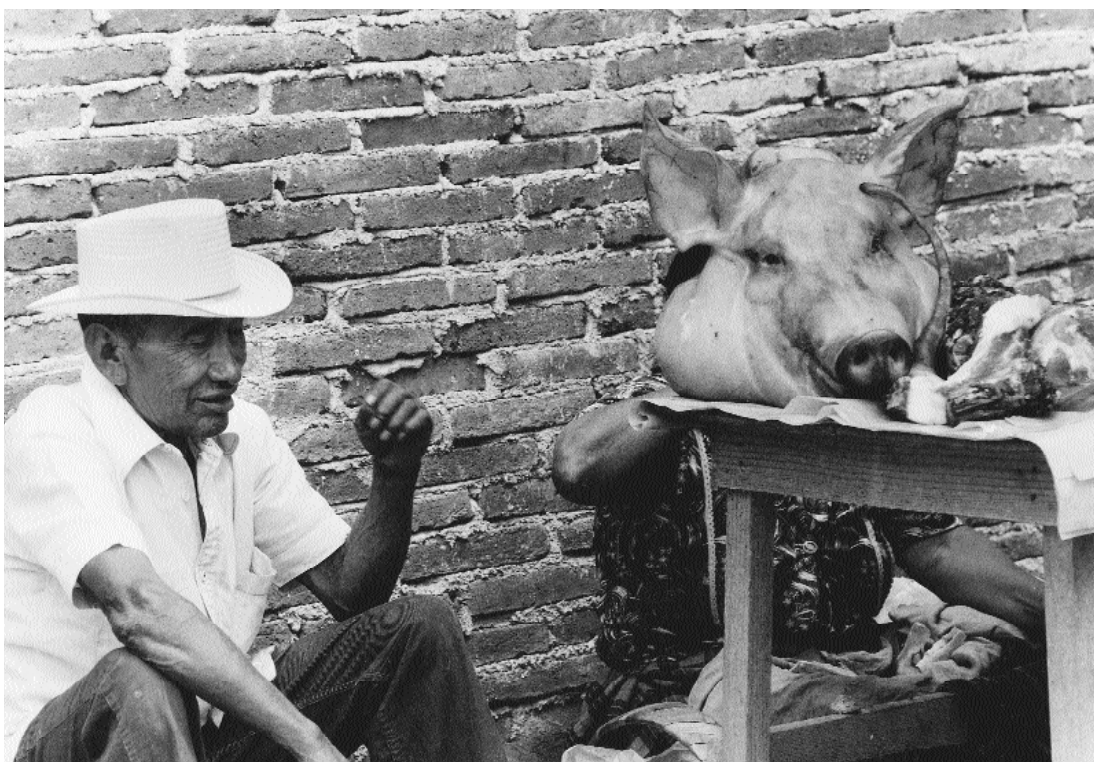
La relevancia de dichos sistemas no radica únicamente en sus funciones económicas y financieras, sino en las maneras en que inciden en la construcción de relaciones sociales, en el forjamiento y reproducción de normas, procedimientos y orden social, en la negociación de identidades que implican exclusión, conflictos y diferencia social, pero también ajuste, adaptaciones y ayuda mutua.

En este artículo se aborda el espacio simbólico y social creado en la interacción entre pobladores rurales y tenderos, basado en información etnográfica de tres poblados del occidente de México: Nuevo Nahuapa y Ayuquila en Jalisco y Carrillo Puerto en Nayarit.² Típicamente hay cuando menos un negocio de abarrotes en pequeño en cada dos calles, pero no es poco frecuente encontrar dos o más en una misma calle, o un comercio de abarrotes frente al otro. Las mujeres y los niños visitan estos establecimientos varias veces al día (generalmente antes de cada

* CIESAS/Occidente.

¹ Agradezco a Gonzalo Chapela haberme hecho notar dichos letreros.

² Estas ideas forman parte de un proyecto de investigación cuyo objetivo es describir y analizar la operación de economías de deuda locales en cuatro comunidades de los estados de Jalisco y Nayarit. El proyecto cuenta con apoyo financiero del Centre for Development Research de Copenhague.



comida) para adquirir mandado, y los hombres se reúnen afuera de ellos a fumar, tomar cerveza o alcohol o simplemente a charlar. Es común que las mercancías se obtengan fiadas, pagando al tendero al final de la semana o cuando los miembros de las familias reciben sus rayas. En ocasiones las mujeres obtienen crédito de las cajas populares para pagar deudas a los tenderos o a los vendedores ambulantes. Explican que cuando entran los recursos a sus hogares, éstos ya están destinados a pagar en las tiendas, a los prestamistas, a las cajas populares o a sus parientes. Pagan un poco aquí y allá, y afirman que frecuentemente no les queda para comer, pero cuando menos les permite dejar abierta la posibilidad de adquirir crédito, puesto que han mostrado disposición para pagar.

Nuestro reto es identificar diversos patrones de prácticas organizativas tomando en cuenta los procedimientos, normas y marcos de cono-

cimiento que inciden en tales relaciones, particularmente con respecto a la deuda.

Las deudas, las drogas y las ayudas

Los resultados de múltiples investigaciones sobre pobreza coinciden en que un porcentaje importante de los habitantes rurales se mantiene con la cuarta parte de lo que se ha calculado como el nivel mínimo requerido para

³ Aunque hay debates sobre la manera en que se calculan las líneas de pobreza y los índices de marginación. Bolvinik (1994) afirma que, tomando en cuenta la calidad de vida, casi cuatro quintas partes de la población rural tienen un nivel de vida apenas arriba de la cuarta parte de las normas mínimas. El Banco Mundial y la CEPAL hablan de 20 millones de mexicanos en condición de extrema pobreza a inicios de los noventa, Alarcón afirma que en 1989, 69.4% de los pobres en México se localizaba en áreas rurales y Santiago Levy (1994) afirma que el 37% de la población rural podría clasificarse como extremadamente pobre.

subsistir.³ En otras palabras, los pobladores rurales de más bajos ingresos sobreviven sin contar con los medios materiales para hacerlo. ¿Cómo ajustan sus medios para arreglárselas?

Los pobladores rurales tienden a responder a esta pregunta con lo que se puede leer como evasivas y expresiones estereotipadas. Entre las frases más comunes nos topamos con respuestas tales como “haciendo maromas”, “engañando al estómago”, “con lo que la providencia nos depare”, “endeudándose aquí y de allá” y “aguantándose uno hasta que pase la mala racha”.

Sin embargo, la evasividad y ambigüedad manifiestas en estas respuestas no son más que un reflejo de la imprecisión y las contradicciones que caracterizan tanto los mecanismos de sobrevivencia como las metas inmediatas que esta gente se plantea. Las “maromas” a las que se alude, entonces, se vuelven indispensables en el proceso. Aunque la gente hace clara referencia a modelos económicos y relaciones sociales ideales, sus prácticas frecuentemente revelan lo desbarajustado de los procesos socioeconómicos dentro de los cuales se forjan sus vidas. ¿Cómo, entonces, dar cuenta de los aspectos organizativos y ordenadores —frecuentemente borrosos e inconsistentes— que intervienen en el uso y distribución de los recursos escasos?

En este artículo no puedo aspirar a presentar un panorama completo de los mecanismos por medio de los cuales los pobladores rurales logran sobrevivir. Más bien el enfoque está en los medios no-materiales, en el uso de recursos tales como el tiempo, los vínculos sociales y las formas de identificación. Mi argumento sigue el de muchos otros autores,⁴ quienes explican que la vida económica está íntimamente relacionada con normas sociales y culturales, con interpretaciones y formas de valoración. Aquí, las negociaciones en torno a significados y valores —los cuales

implican tanto formas mercantiles como no-mercantiles—,⁵ la naturaleza social de los cálculos en los cuales se atribuye valor a objetos existentes y no existentes, pero también las identidades —es decir, quién eres, quién serás y en quién te convertirás— son centrales.

La expresión “mala racha” es comúnmente usada en el México rural. Bajo esta noción subyace un concepto de infortunio y mala suerte que sobreviene temporalmente en la forma de enfermedad, una muerte, una mala cosecha, falta de empleo y otras calamidades. Sin embargo, hay un elemento de esperanza implicada en tal noción. De alguna manera se espera que la situación adversa cambie. Pero la fe en “lo que la providencia nos depare” no es sólo un principio religioso, es también un estilo de vida y una práctica organizativa que involucra procesos de redistribución de recursos en los cuales el tiempo es en sí mismo un recurso. El tiempo no es un marco evolutivo externo dentro del cual se dan las relaciones sociales, sino que es también construido, se le da significado y se le utiliza. Las identidades también se construyen con relación al tiempo, y esto se relaciona íntimamente con los tipos de vínculos que se establecen, con los compromisos y obligaciones que se adquieren y las relaciones de poder que entran en juego en la interacción entre clientes y tenderos que se manifiestan de manera aguda en las situaciones de deuda.

La deuda es una de las maneras más comunes en que se enfrenta la pobreza y la escasez en la vida cotidiana, y algunos hogares basan hasta 50% de su consumo cotidiano en diversas formas de deuda. Sea ésta monetaria o no-monetaria, la deuda constituye una solución momentánea para las necesidades del hoy con la expectativa de que el mañana será mejor. Es una manera de salir de las “malas rachas”, de las que se habla con tanta frecuencia en el campo.

⁴ Por ejemplo, González de la Rocha (1986), González de la Rocha y Latapí (1991), Godelier (1996), Mauss (1950), Long (1998, 1986), Parry y Bolch (1989), etc.

⁵ Véase Long, 1998, 1986 y Long y Villarreal 1998.

En términos generales, podemos identificar cuatro tipos de escenarios donde se manifiestan relaciones de deuda y crédito en el México rural.

1. La primera tiene que ver con las prácticas de prestamistas y usureros que tradicionalmente han sido llevadas a cabo por terratenientes y caciques. Los caciques amasaron poder en la localidad y la región al controlar tierra y redes políticas. Los préstamos frecuentemente se cubrían en especie, ya fuera con maíz o con trabajo. Sin embargo, el rentar tierra se ha convertido en menos rentable, y con las crisis, muchos terratenientes y prestamistas quebraron. Las historias de cómo su ambición los llevó a cobrar intereses excesivos sin tomar en cuenta la situación de sus víctimas han sido crecientemente suplantadas por expresiones de lástima hacia ellos y de condena a las actitudes egoístas y tacañas de parte de quienes no prestan dinero. Con el incremento en la necesidad de efectivo, el papel que jugaban caciques y terratenientes se ha ido resignificando. Los pequeños prestamistas—incluyendo a mujeres que reciben remesas de sus hijos en los Estados Unidos o maestros que han logrado ahorrar una parte de sus modestos ingresos— han venido a suplantar a los típicos usureros.

La gente aún recurre a patronos y jefes para solicitar préstamos a cambio de trabajo. Con frecuencia se solicitan pagos adelantados, a saldarse con trabajo. Aunque el pago adelantado es costoso, están dispuestos a pagar el precio dada la urgencia de su necesidad de efectivo. Así, el trabajador se compromete con el patrón a proporcionar sus servicios, independientemente de las condiciones laborales y el pago. Esto implica una limitación de sus opciones de empleo y un mayor control del jefe sobre el tiempo de su empleado, aunque el grado al cual los asalariados pueden negociar los términos de la relación varían. Un empleado puede tratar de pagar el préstamo rápidamente de tal manera que quede en libertad para acceder a otras opciones de trabajo, o puede preferir pagar

lentamente y así asegurarse una fuente de empleo por un período más largo. En algunos casos, los términos de pago del préstamo permanecen ambiguos: el patrón no especifica si cobrará intereses ni el plazo para pagar. Esto le proporciona un lapso de tiempo para juzgar la habilidad y grado de compromiso del trabajador antes de tomar una decisión definitiva sobre el pago. Generalmente el trabajador tampoco presiona para clarificar los términos, con la esperanza de ganar su buena voluntad y negociar incluso el perdón de la deuda. Mientras tanto, buscará pistas en la actitud del patrón, o en sus respuestas a otros casos de préstamo para anticipar la dirección que tomará y actuar en concordancia. Si se espera un trato gravoso, el trabajador intentará liquidar la deuda rápidamente para salir de la situación, lo cual no siempre es fácil ni posible.

Muchos toman la decisión de emigrar a Estados Unidos para pagar deudas adquiridas a raíz de la enfermedad o muerte de un miembro de la familia, o tras una cosecha mal lograda.

2. Los parientes y amigos son una fuente común de préstamos. Se considera una obligación moral el ayudar a familiares y amigos cercanos en necesidad y generalmente no se cobran intereses. Sin embargo, aunque es menos humillante y más seguro pedir préstamos a la familia, no siempre se recurre a ella, dado que se considera que puede contaminar las relaciones entre ellos y llevar a fisuras y conflictos. Una estrategia para desanimar las solicitudes de préstamos recurrentes es proporcionar el dinero como regalo en lugar de concederlo como préstamo. De esta manera el donador cuenta con mayor libertad para decidir sobre la cantidad que otorgará, y el solicitante se verá moralmente obligado a no solicitar de nuevo.

Las tandas, cundinas o rifas son una práctica común entre amigos y familiares. Implican conocimiento sobre la confiabilidad de las personas, aunque se requiere una

fFuente de ingreso segura, y esto no siempre es posible.

3. Los programas crediticios gubernamentales y no gubernamentales han apoyado desde el establecimiento de pequeñas empresas y cajas de ahorro hasta la compra de implementos e insumos para la producción agrícola. Con la introducción de sistemas crediticios gubernamentales para la producción agrícola vía BANRURAL, FIRA, FIRCO, etc, los productores han obtenido acceso a subsidios y a un uso más intensivo de algunas innovaciones tecnológicas, tales como fertilizantes e implementos modernos. Sin embargo, esto resultó un arma de doble filo, puesto que indujo a los productores a adquirir deudas que no necesariamente fueron cubiertas con las cosechas, además de la corrupción e ineficiencia que no dejaron de presentarse. Los sistemas crediticios gubernamentales inevitablemente involucraron una serie de prácticas informales en su implementación: se establecieron relaciones clientelistas de doble vía, involucrando, por un lado, la utilización de recursos gubernamentales para ejercer poder político y económico por parte de funcionarios de gobierno, pero por otro, los líderes locales también “amarraron” a los funcionarios a garantizar su apoyo y mejores facilidades crediticias y de subsidios. Esto se vio favorecido por la práctica —común en las áreas rurales mexicanas— de organizar comidas para los funcionarios e invitarlos a beber para ganar su buena voluntad y resolver problemas burocráticos cuando requerían crédito u otros servicios gubernamentales. El costo era soportado por todos los miembros del grupo o comunidad, pero de esta manera se aseguraban alianzas y lealtades personales o grupales.

El acceso a los sistemas crediticios bancarios ahora está severamente restringido, pero han surgido una multiplicidad de cooperativas de crédito y ahorro, promovidas por programas de compensación social gubernamentales, organizaciones asistenciales y organizaciones

civiles. Proveen fuentes de financiamiento con muy bajos intereses y sin muchos prerequisites, una buena parte de los cuales, sin embargo, se canalizan a cubrir las emergencias familiares y las necesidades de consumo cotidiano más que ser invertidas en la producción agropecuaria.

4. Los sistemas crediticios con tiendas o vendedores ambulantes también son una práctica común. Las grandes tiendas pueden pagar cobradores especiales para recuperar deudas retrasadas, las cuales se han incrementado con las crisis económicas. Uno de los sistemas crediticios que ha persistido a través de las décadas es el que se lleva a cabo con los pequeños negocios de abarrotes. Aquí el arreglo más común es el pago diferido o “fiado”, donde, como mencioné, los clientes pueden llevarse las mercancías y otros bienes de consumo y pagar al recibir sus rayas u otras formas de ingreso. El tendero, a su vez, retrasa el pago a los proveedores para surtir la tienda. El sistema es indispensable para que cada uno mantenga —y si es posible incrementemente— sus clientes.

Sin embargo, el sistema es precario, y durante un período de tres años pudimos observar cómo algunas tiendas se vieron obligadas a cerrar, y a sus dueños teniendo que buscar maneras de cubrir sus propias deudas. Se abrieron nuevos comercios con las remesas de Estados Unidos o una buena cosecha, muchos de los cuales sólo permanecieron algunos meses.

Con los cambios acelerados que se viven actualmente en el agro, las relaciones de deuda parecen haberse incrementado —o cuando menos relocalizado. Pero sobre todo, su relevancia económica y social se hace cada vez más evidente y los marcos sociales en las que se basan parecen cambiar significados.

Aunque involucrarse en deuda monetaria casi nunca es reconocido como un procedimiento ideal o moralmente correcto, es una práctica recurrente. Como tal, constantemente es reiventada y resignificada para legitimar su

uso. En el proceso, una “mala racha” puede pasar temporalmente, pero los compromisos y las obligaciones permanecen, llevando a la reproducción de vulnerabilidades y formas de exclusión. Esto no quiere decir que la deuda siempre lleva a la exclusión y la falta de poder. Afirmar esto sería una tergiversación de su naturaleza y su operación.

La deuda es frecuentemente identificada como un riesgo moral, morosidad, fraude y comportamiento imprudente o ilegal. Pero en los poblados rurales del Occidente de México, la gente utiliza varios términos para referirse a la deuda. Aunque las implicaciones de cada vocablo y sus significados precisos varían en diferentes regiones y en distintos contextos, es interesante distinguirlos.

El *préstamo*, por ejemplo, puede referirse a una financiación formal del banco o de un prestamista, así como a préstamos informales de amigos y parientes. Su uso generalmente sugiere disponibilidad a pagar dentro de un período de tiempo corto sin implicar demasiado esfuerzo. Un préstamo es un favor. La gente se siente agradecida de obtener préstamos en momentos de dificultad.

La *deuda*, por otro lado, se puede referir a un saldo establecido tanto en efectivo como en especie (tal como un favor que debe ser pagado). Hay más compromiso implicado en el término. Una deuda no debe ser olvidada. El término *compromiso* también es usado de esta manera: una deuda que implica un grado de presión. Pero tener una *droga* es más fuerte. Se siente el peso de la deuda y se lucha por liquidarla.

El *crédito* se usa habitualmente para relaciones más formales con bancos u otras instituciones. Frecuentemente se presupone una noción de derechos. Se tiene el derecho a recibir ciertos fondos y se reconoce la obligación de pagar una tasa de interés. El crédito también puede referirse a la potencialidad de adquirir una deuda. Tener crédito en una tienda o el banco significa que se puede obtener un préstamo si se requiere. Una

ayuda también se puede referir a crédito de un banco, pero con frecuencia es utilizado con referencia a los apoyos gubernamentales o de instituciones asistenciales. Se proporciona con el propósito específico de ayudar y puede o no ser sufragada.

Finalmente, *fiado* es pago diferido, se usa con referencia a mercancías que no se liquidan inmediatamente, particularmente en comercios locales o a vendedores ambulantes, pero también en tiendas regionales que expenden fertilizantes y otros insumos agrícolas, por ejemplo, donde el cliente es conocido y confiable. La deuda debe ser liquidada a corto plazo. Es interesante hacer notar que el término “fiado” es utilizado para negociaciones en pequeño. A pesar de ser un mecanismo recurrente en la mayoría de las relaciones comerciales, en los grandes establecimientos o en otros momentos y espacios de las cadenas de comercialización de agroproductos, se habla más bien de *pago diferido* o de crédito.

Cada uno de los vocablos tiene distintas implicaciones en términos del tipo de compromiso que se adquiere y la naturaleza de las relaciones que se involucran. Además, la elección de uno u otro término está íntimamente relacionada con el *status* de los actores implicados. Así, se habla de la deuda como un favor, un derecho o una presión, puede ser una estrategia o un dispositivo de emergencia. Dentro de una y la misma relación monetaria, la deuda puede ser concebida como un recurso, como riqueza virtual, como un compromiso o parte de la maquinaria de la reproducción de vulnerabilidad y subordinación. Que la riqueza sea virtual o real es un asunto ambiguo hasta en tanto un evento drástico precipite la necesidad de definir su naturaleza. En términos económicos, tal vez se podría discutir esto en términos de solvencia y fluidez. Y —como lo demuestran los eventos en el escenario más amplio de la economía mexicana— el veredicto de solvencia o insolvencia se puede basar en elementos no-financieros. Esto es, los juegos políticos, el *bluff* y la negociación de

intereses tienen mucho que ver con tales veredictos. La cantidad de deuda o la acumulación de riqueza real no son los únicos elementos que determinan si un país, una empresa o un individuo se declarará solvente o insolvente. Más bien, pareciera que tales decisiones tienen mucho que ver con especulaciones, con predicciones del futuro basadas en un conocimiento imperfecto.⁶

Es esta la idea que quiero enfatizar al hablar de un proceso de “canje” de identidades, sobre lo cual abundaré enseguida, pero antes, quisiera introducir al lector al escenario de los pequeños negocios de abarrotes y los tenderos.

Las tiendas y los tenderos

Tras el viejo mostrador de madera está la hija de Micaela.⁷ Ella atiende el pequeño negocio de abarrotes de su madre en las tardes, después de la escuela, mientras Micaela hace el quehacer de la casa. La muchacha dibuja despreocupadamente figuritas sin sentido en los márgenes de la libreta —sucia por la manipulación con dedos grasosos de la que ha sido objeto— en donde se anotan las deudas de quienes llevan mercancías fiadas. En ocasiones son sólo números, sumas cuyos significados únicamente ella y su madre podrán precisar, recordando con exactitud a qué cliente y qué mercancía se refieren. A veces hay nombres o apodos —Chico, Güera, Gordo. Tampoco se sigue un estricto orden diacrónico. Se agregan números a cuentas pasadas, pero una misma persona puede tener cuentas en distintas hojas. La libreta de ninguna manera suple a la memoria, aunque su importancia como registro es fundamental.

Los anaqueles medio vacíos ostentan, entre otras mercancías, bolsas de detergente, cloro, papel sanitario, barras de jabón rosas, blancas y amarillas, latas de atún, sardinas y chiles, café, maizena de sabores, aceite vegetal, sal



y una variedad de galletas de diversas marcas envueltas en papel celofán. Una capa de polvo cubre los artículos de menos uso. Sobre el mostrador, un cartón con quesos frescos se conserva cubierto con un lienzo para mantener alejadas a las moscas, al igual que la canasta de pan dulce que se localiza a un lado. También sobre el mostrador una variedad de dulces, chicles y chocolates —junto a una cajita con baterías y algunos juguetes pequeños— permanecen a la vista de los clientes. Las aspirinas, el aceite de oliva embotellado en frascos de plástico verdes para uso medi-

⁷ Los nombres utilizados en todo el artículo son seudónimos. Además, he cambiado algunas de las particularidades de los actores y su negocio para proteger su identidad. Sin embargo, todas las características atribuidas a ellos son tomadas de casos del mismo poblado en cuestión.

⁶ Véase por ejemplo Soros 1999.

cinal, el jarabe para la tos, clorafenicol para las infecciones de ojos y los alka seltzers se encuentran en cajas en uno de los anaqueles, junto con las vacunas para vacas y pollos y pomada medicinal para el ganado —que también es utilizada para la gente en la región. No muy lejos están las cajas de botones, hilos de colores fosforescentes, agujas y retazos de tela blanca estampada con patrones para el bordado. Cerca de la puerta, sellando ostentosamente el contraste con su entorno inmediato, dos refrigeradores modernos con puertas de vidrio albergan refrescos y algunas cervezas. Tras la puerta que comunica con la habitación, se vislumbran cartones de cerveza con botellas vacías. En el piso, Micaela tiene un bote de petróleo —el cual la gente aún utiliza aunque la mayoría recurre al gas butano— un costal de nailon con azúcar, otro con frijol y otro con maíz —sólo uno, a diferencia de los varios sacos que Micaela apartaba para vender antes que se instalara la tortillería, cuando su marido era uno de los caciques de la región.

Carrillo Puerto, donde se sitúa la tienda de Micaela, es un pueblito pintoresco de 1 200 habitantes localizado en el valle costero del estado de Nayarit. Fue fundado durante el período cardenista por un grupo conformado por agraristas, pero también incluía a algunos terratenientes (grandes y medianos) quienes encontraron la manera de proteger cuando menos parte de su tierra de la expropiación hecha por el Departamento de Asuntos Agrarios. Su petición fue aceptada, en parte debido a que algunos de los miembros del grupo mantenían buenas relaciones con ciertos funcionarios. El ejido creció a 160 miembros, incluyendo los hijos de los ejidatarios originales y algunos avecindados. Hasta principios de los ochenta, tres de las familias fundadoras —incluyendo la de Micaela— mantenían el control del ejido. En ese tiempo la plaza principal —frente a su tienda— se usaba como patio para extender toneladas de maíz al sol a secar —la mayor parte producto del

trabajo de pequeños y medianos productores que estaban endeudados con Javier, el esposo de Micaela, y se veían obligados a ceder un tercio, o a veces la mitad de su cosecha. Con la introducción de sistemas de crédito del BANRURAL, Javier perdió gran parte de su clientela. Pero muchos productores aún venían a solicitarle préstamos cuando pasaban por las “malas rachas” y había muchos otros de pueblos circunvecinos que todavía no tenían acceso a crédito gubernamental pues se encontraban luchando por regularizar su tierra.

Por otro lado, los servicios educativos que se ofrecieron a la población también repercutieron en las empresas de Javier. Llevaron, por ejemplo, a que muy pronto los jóvenes empezaran a emigrar para ir a estudiar —la mayoría en la normal de Atequiza, otros a Tepic y algunos a Chapingo. Muchos se casaron y se quedaron a vivir en las ciudades.⁸ Sin embargo, hay un fuerte sentido del deber en Carrillo Puerto, y comúnmente los jóvenes emigrantes apoyan a los padres que permanecen en el pueblo. Además, Carrillo Puerto cuenta con un número significativo de profesionistas que trabajan como agrónomos y secretarías, pero sobre todo maestros, quienes —gracias a un profesor local que obtuvo un buen puesto en la Secretaría de Educación Pública— no batallan en conseguir plazas. Así, un porcentaje importante de quienes permanecen en el pueblo tiende a recibir, de una manera u otra, un ingreso fijo.

Aunado a esto, quienes lograron acumular un pequeño capital empezaron a poner sus propios negocios de abarrotes, además de que se estableció una tienda CONASUPO en el pueblo, por lo que la tienda de Micaela perdió mucha clientela. Se hacía cada vez más difícil pagar los impuestos. Finalmente, la crisis golpeó a Javier y a otros pequeños y medianos empresarios en el campo. El precio del maíz se había mantenido bajo control, mientras que el costo de los insumos agrícolas subía. A mediados de los ochenta

Javier era considerado un “cacique venido a menos”. Sus vecinos comentan que Javier no supo manejar su capital. Empezó a tomar fuertemente, compraba vehículos del año y se gastaba el dinero.

Sin embargo, al morir Javier a finales de los ochenta, Micaela no se dio por vencida. Aún contaba con un número importante de “clientes atados” quienes le debían dinero y por lo tanto estaban moralmente obligados a continuar consumiendo en su tienda. Aunque la mayoría de las tiendas del pueblo también funcionaban con el sistema de fiado, esto mermaba sus posibilidades de surtir el negocio de acuerdo a las demandas de sus clientes. Pero Micaela era además prestamista, así que podía agregar clientes a su lista y ejercer cierta presión sobre ellos para que le fueran leales. Además organizó cundinas,⁹ de tal manera que sus clientes más confiables pudieran adquirir sus mercancías mensualmente y pagar en pequeñas sumas semanales. Tal mecanismo fue diseñado por Asunción, quien, junto con su esposo atendía la tienda CONASUPO, pero no podía “dar fiado” de acuerdo a los reglamentos gubernamentales. Micaela pronto retomó el sistema para no mermar sus reservas. Sin embargo, las ganancias totales de la tienda no ascienden a más de 4 000 pesos, lo cual es menor al sueldo devengado en promedio por un maestro en Carrillo Puerto.

Identidades “al canje”: otras divisas en las transacciones de pequeños comercios

Historias como la de Micaela y su tienda no son poco comunes en el Occidente de México. Establecer pequeños negocios de abarrotes ha sido una práctica común entre quienes

⁸ Las parejas jóvenes con muchos hijos tienden a proveer de fuerza de trabajo, a consumir de las tiendas locales y a recurrir a préstamos.

han logrado acumular algo de capital, pero sostenerlas en tiempos de cambios sociales y económicos es un asunto diferente. Una condición es mantener el flujo de efectivo en movimiento, para lo cual se requieren ciertas previsiones.

Primero, es poco frecuente que los arreglos crediticios de dichos negocios se hagan abiertamente. Los tenderos tienden a negar que permiten los pagos diferidos, en parte como un mecanismo de control para decidir en quién pueden confiar.

Segundo, se requieren dispositivos morales y sociales de aval para garantizar el pago. Para ser juzgado como digno de confianza, no es suficiente que se posea ganado o tierra. Generalmente el tendero necesita una historia para identificar a la persona, saber un poco de sus patrones de comportamiento o asociarlo a redes conocidas que lo respalden. Se necesitan habilidades para lo que ellos llaman “*tantear*” a la persona, prever su futuro en términos del ingreso que podrá recibir. Aquí se atribuyen valores diferenciales al trabajo en cada localidad. No es lo mismo trabajar para una compañía jitomatera, donde el pago es recibido cada semana, que ser cortador de hoja, donde el trabajo es mucho más pesado y la probabilidad de que el jornalero desista del empleo es mayor.

Tercero, poseer pequeños objetos de valor es un bien que puede ser intercambiado con cierta facilidad. El maíz que una familia separa para sobrevivir la temporada de secas frecuentemente se utiliza para cambiar por mercancías o para pagar deudas. Frecuentemente se paga a un precio menor que el que rige en el mercado. Bienes mayores tales como tierra, ganado o un vehículo son importantes, no solo por su valor de intercambio, sino porque hablan de la persona, quien se considera “de recursos” y puede tener acceso a efectivo.

⁹ Como se le llama localmente a las contratas, tandas o rifas.

Así, quien es identificado como productor rico, empresario exitoso, comerciante honesto o buen trabajador podrá acceder a préstamos con mayor facilidad y con toda probabilidad se beneficiará de mayor tolerancia en cuanto a pagos diferidos. Por el contrario, ser tildado de borracho, deshonesto o muy pobre puede implicar la negación de crédito. La identidad, entonces, es un efecto que puede ser traducido como recurso —o como lastre. Constituye un elemento “canjeable” en las transacciones que involucran deuda. La definición de solvencia y las connotaciones asociadas a un comportamiento particular vienen a formar parte de la negociación. Los valores monetarios se redefinen dentro de tales negociaciones, y lo que uno pudiera juzgar como valores disímiles frecuentemente se hacen equivalentes.

Esto apunta a la noción de capital social, la cual ha sido utilizada para designar los elementos sociales y simbólicos que llegan a formar parte de las transacciones económicas. Sin embargo, como argumentamos en otra parte,¹⁰ el capital social es comúnmente descrito como una serie de recursos sociales externos a la relación de intercambio. Se visualizan como recursos a ser movilizables, acumulados o almacenados, y por lo tanto conceptualizados como separados de las acciones sociales mismas. El problema con esta conceptualización es que hay una tendencia a atribuir valores monetarios fijos a los efectos sociales, mientras que el punto crítico reside en los procesos de negociación y creación de valor, independientemente de que haya o no un discurso monetario que enmarque los intercambios.

Una perspectiva alternativa es identificar los efectos sociales y los recursos como divisas, a las cuales se les atribuye situacionalmente el valor de intercambio, o que “vienen a complementar, entretenerse con y resignificar los valores en la transacción. La coexistencia e interjuego de diferentes divisas en el proceso de intercambio permite que tales componentes

sean tratados como integrales a la negociación y creación del valor”.¹¹ Las diferentes divisas no se circunscriben a valores no monetarios. Zelizer (1994) argumenta convincentemente que los dineros se diferencian según los destinos que se les atribuya —tales como dinero para la iglesia, dinero de la escuela, dinero para obras de caridad, etc. De igual manera, la fuente de donde provienen los dineros implica una significación y un valor diferenciado: en el agro comúnmente es causa de reproche moral utilizar el dinero producto de la venta de leche en cervezas, mientras que puede ser legítimo “derrochar” una parte de los fondos obtenidos de la venta de un becerro. Así, los dineros se transforman para adecuarse a una variedad de valores y relaciones sociales.

El argumento de Zelizer es relevante para comprender cómo se adjudican propiedades sociales y económicas diferenciadas a valoraciones monetarias similares. Muestra también cómo las recompensas monetarias y sociales diferenciadas pueden ser juzgadas equivalentes. Las incompatibilidades llevan a contiendas sobre la relevancia de valores sociales particulares frente a otros y revelan las racionalidades de valoración diferentes que frecuentemente forjan relaciones e intercambios desiguales y jerárquicos.

Por ejemplo, en Ayuquila, un pequeño poblado de 724 habitantes localizado dentro de un distrito de irrigación en Jalisco, Benita se encontraba muy endeudada. Vive en las afueras de poblado con su pareja y los tres vástagos de su hija. Su hija había dejado a su marido recientemente —para el disgusto de Benita, puesto que el hombre era buen proveedor— y emigró a los Estados Unidos.

El viaje a los Estados Unidos implicó una inversión pesada y Benita se había visto obligada a pedir dinero prestado a su madre para poder financiarlo. No fue fácil, puesto que sus relaciones con su madre no eran muy buenas.

¹⁰ Long, Villarreal y Barros 1999.

Su madre, que es viuda, había dado el ganado al partido (arreglo mediante el cual quien se encarga del ganado se queda con la mitad de las crías) a su cuñada en lugar de permitir que el marido de Benita se hiciera cargo. Benita se sintió muy ofendida, pero escondió su orgullo y pidió un préstamo. Su madre se lo concedió de mala gana, puesto que tenía dudas de que su hija pagara. Benita insistió en que era un préstamo —su hija pronto encontraría trabajo en los Estados Unidos y le enviaría el dinero para pagar los gastos de sus hijos. Comenta que había hecho cálculos de que podría manejarse con los niños de una manera u otra, “engañarían al estómago” con plantas silvestres y tomando té de zacate, y el dinero podía ser usado para pagar a su madre.

El marido de Benita no posee tierra, sino que siembra coamiles en el cerro para producir maíz. El acuerdo es que puede usar la tierra a cambio de dejar las pasturas. Se queda con el maíz, y el dueño de la tierra con el forraje. Este año, sin embargo, había habido una plaga en las plantas y la cosecha fue muy mala. A pesar del hecho de que se le dificultaba caminar por sus vérices inflamadas, Benita acompañó a su esposo a repepenar (recoger el maíz sobrante de las parcelas de los productores) y habían cosechado maíz suficiente para aguantar cuando menos dos meses. Sin embargo, Benita había tenido que desgranar algunos kilos y llevarlos a la tienda para intercambiarlos por azúcar, café y otros indispensables. No podía ir a la tienda que estaba más cerca de su casa, puesto que les debía demasiado. Había tratado de pagarles parte de la deuda con maíz, pero la tendera se rehusó. Dijo que no era suficiente para cubrir el saldo, pero implicó que no la quería como cliente. Además la acusó de comprar en otras tiendas. Para la tendera, el dinero de Benita estaba “contaminado”: se sospechaba que su madre le había “puesto un mal” a una muchacha en el pueblo, sobrina de la tendera.

Era mejor no tenerla como cliente, y una deuda no pagada era buena excusa.

El caso de Benita es ilustrativo de las divisas diferenciales implicadas en las transacciones económicas y los circuitos de deuda. Puesto que el maíz es un grano básico, puede ser cambiado al trueque en el pueblo. Su valor monetario, sin embargo, es más bajo al intercambiarse por mercancías en la tienda. Además, los comerciantes de maíz no lo adquieren *kileado* y Benita no quería deshacerse de todo el maíz, sabiendo que le costaría más cuando necesitara comprarlo. Por otro lado, frecuentemente no planeaba más allá de la siguiente comida, pues no sabía si alguien le regalaría algún platillo o si su esposo traería algo de dinero. Por lo tanto vendía sólo lo que requiera para cubrir sus necesidades más indispensables. Benita pudo haber vendido un kilo o dos a algún vecino, pero esto tenía otros costos. Uno, sería visto como un favor que luego requeriría pago de una forma u otra, y dos, sus vecinos tendrían mayor información de sus problemas económicos. Benita era sensible a esto, diciendo que algunos lo tomarían bien y la tratarían de ayudar pero que otros sólo empezaban a chismear. Alguien que le tuviera “mala voluntad” por algún motivo podría utilizar esto para diseminar una imagen de Benita como poco confiable.

La falta de un ingreso continuo, el bajo *status* y las asociaciones con brujería se traducían como falta de confiabilidad y por lo tanto minaron el valor del dinero de Benita. Su único recurso era apostarle al mañana, esperando que su hija le enviara dinero para las necesidades de los niños o que su esposo encontrara trabajo. Pero tener una hija trabajando en los Estados Unidos era un recurso que podría ser evaluado diferente dentro de varios escenarios. Tenía poco valor en la tienda donde se le identificaba con brujería, pero podía usarlo dentro de sus redes familiares, donde había también una obligación moral a ayudarla, aun cuando hubiera algunos problemas entre ellas. Así, la coexistencia y el interjuego de diferentes

¹¹ *Idem.*

divisas forman parte integral de las transacciones económicas.

Normas y procedimientos

Las relaciones entre los tenderos y sus clientes toman forma a través de una gama de códigos morales y sociales. Así, a quién se puede recurrir en momentos de necesidad y cómo, y qué tipo de respuestas, compromisos y obligaciones se derivan de ello pueden variar. Tales códigos se establecen en diferentes arenas de interacción. Sin embargo, hay intersecciones, convergencia y conflicto dentro de los dominios específicos y de acuerdo a circunstancias y eventos particulares. Mostrar disposición a pagar es importante, pero cómo se define tal disposición puede variar. Pagar la mitad de la deuda, por ejemplo, puede ser interpretado como buena voluntad en un caso y como resistencia a liquidar la deuda en otro.

Mostrar lealtad hacia el tendero es crucial. El cliente no debe comprar en otras tiendas locales, especialmente cuando está endeudado (aunque tales procedimientos son frecuentes, y las quejas de los tenderos se dejan escuchar). Pero el tendero también debe corresponder con obligaciones morales. Se espera un grado de comprensión a la situación del deudor, y no se debe exigir pago en los casos de enfermedad severa o muerte en la familia del cliente. Comúnmente se espera que las viudas sean eximidas de sus deudas.

Por ejemplo, en Carrillo Puerto, el marido de Emma murió repentinamente al ser arrollado por un tren. Su situación económica no era de las más agudas en el pueblo, puesto que su esposo trabajaba de afanador en la escuela secundaria local y aunque su ingreso era bajo, cuando menos representaba una entrada constante. Además, vendía tacos dos noches a la semana frente a la plaza. Emma comenta que no le gusta deber, por lo que sólo recurre a adquirir mercancías fiadas cuando no tiene

otra opción, aunque sí recurre con cierta frecuencia a prestamistas. Siempre que le era posible, compraba su mandado en la CONASUPO, donde los costos eran menores pero no podía llevarlos fiados. Para su sorpresa, un día, tras la muerte de su esposo, fue a buscar un artículo a la tienda de Micaela y le informaron que tenía una deuda pendiente. Le explicaron que antes de que muriera su esposo, el padre de éste acostumbraba llevar mercancía fiada y le pedía a Micaela que la anotara a nombre de su hijo. Micaela aceptaba, sabiendo que el hijo contaba con un ingreso fijo. Posteriormente Emma descubrió que su esposo había pagado las deudas de su padre en varias ocasiones, aunque lo había amonestado seriamente y este había prometido no continuar con tales procedimientos. Emma explica que ella confrontó a su suegro con el hecho, y que éste aceptó haber sacado mercancía a nombre de su hijo, pero que, ya sea por vergüenza de haber sido descubierto, o porque de plano no sabía cuanto debía, no pudo definirle el monto de la deuda. A sus preguntas, él siempre contestó que no se acordaba. Emma no podía saber si los cálculos que hacía Micaela eran correctos y su suegro no tenía los medios para pagar el saldo. Emma enfrentó la situación recurriendo a los códigos morales, no tanto en el sentido de que su suegro había actuado a sus espaldas, sino recurriendo a su identidad como viuda. Se considera injusto cobrar a una viuda las deudas de su difunto esposo. Dio a conocer la situación entre sus redes sociales y Micaela tuvo que ceder.

Los casos de Emma y Benita hablan también de procesos locales de redistribución del ingreso: sea o no voluntario, el ingreso de una familia se desparrama hasta cierto punto hacia las redes de parentesco. Aunque pequeñas, las cantidades son significativas para sus economías precarias. No nos referimos necesariamente a formas desinteresadas y espontáneas de solidaridad. La solidaridad es una de las divisas que se entreteje con otras en las transacciones, pero es necesario

negociar las maneras en que será evaluada y llevada a cabo. Los parientes y amigos cercanos esperan apoyo por parte de los tenderos en tiempos difíciles, y es embarazoso para estos negarse. Hay un grado al cual se espera que la riqueza sea compartida —al igual que la penuria. Repetidamente entran envidias y resentimientos a los escenarios.

Aunque los tenderos no cobran intereses por los pagos diferidos, los clientes frecuentemente se quejan de que aceptan dar fiado a niños (y en ocasiones a parientes tales como el suegro de Emma), anotando la deuda al nombre de los padres sin su consentimiento. Además los acusan de no pesar adecuadamente los granos básicos, el azúcar y la manteca, y de cobrarles más de lo que deben. Y es que no se considera apropiado que un cliente haga sus propias anotaciones sobre las mercancías que se ha llevado fiadas. Deben mostrar que confían en los tenderos de la misma manera en que éstos confían en ellos.

Las pautas a seguir y las expectativas en las relaciones entre tenderos y sus clientes varían entre los poblados rurales del Occidente de México. Éstas se forjan en el contexto de estilos de vida y las prácticas socioeconómicas. Tanto Carrillo Puerto como Ayuquila son poblados relativamente antiguos, donde los estilos de vida aún se relacionan de alguna manera con la ganadería. Los tenderos pueden esperar pago inmediato durante la temporada de lluvias, cuando las vacas pastan cerca de los poblados y pueden ser ordeñadas. También esperan la liquidación de deudas en diciembre o enero, cuando los becerros han crecido y engordado tras de alimentarse en pastos frescos durante la temporada de lluvias y con los sobrantes de las cosechas de maíz.¹² En contraste, Nuevo Nahuapa se fundó en 1975, cuando los campesinos organizados en una Unión de Ejidos lograron la tierra por la cual habían luchado por más de tres décadas. Inicialmente algunos de los miembros del ejido poseían ganado, pero la mayoría eran jornaleros buscando asegurar su sobrevivencia de la agricultura.

Los tres poblados tienen acceso a irrigación.

Ayuquila y Nuevo Nahuapa se localizan en distritos de irrigación —aunque al segundo no se le permitió acceso sino hasta recientemente, en parte debido a su imagen como opositores del gobierno y robatierras— y Carrillo Puerto cuenta con algunos pozos de irrigación. Se han introducido nuevos cultivos, Ayuquila ahora depende del cultivo de caña de azúcar y algunas legumbres, y Nuevo Nahuapa del cultivo de ajonjolí, sorgo y papaya, pero Carrillo Puerto continúa con el cultivo de maíz y frijol fundamentalmente. La papaya tarda tres años en producir, pero una vez que empiezan a cosechar, los rendimientos pueden ser bastante buenos. Los tenderos no perdonarán a sus clientes si no pagan tras una buena cosecha, y los productores se quejan de que casi no ven sus ganancias. Tan pronto reciben el pago por su cosecha lo deben entregar para cubrir sus múltiples deudas. Calculado en términos mensuales (aunque se recibe únicamente una o dos veces al año, excepto en el caso de la papaya, donde puede haber varias cosechas en un mismo año), el rango de ingreso en la agricultura puede abarcar desde 850 hasta 5 000 pesos, pero la mayoría de los agricultores no obtienen más de 2 000 pesos.

De los jornaleros, los tenderos esperan un pago semanal que cubra cuando menos parte de sus deudas. Los jornales promedio en Ayuquila y Nahuapa son de 1 200 pesos mensuales. En Carrillo Puerto, donde hay escasez de mano de obra, son de 1 400 pesos.

Nahuapa, con sus 957 habitantes, se localiza en la carretera que vincula dos ciudades turísticas —Puerto Vallarta y Barra de Navidad—, y sus ingresos crecientemente dependen de quienes se salen a trabajar a ellas. Los tres poblados incluyen inmigrantes que han llegado en la década pasada en búsqueda de trabajo, pero el porcentaje es más alto en el caso de Ayuquila, donde la producción de jitomate, melón y caña de azúcar provee fuentes de empleo. Le sigue Carrillo Puerto, dado que gran parte de las



generaciones jóvenes han salido a estudiar y hay, como he mencionado, escasez de mano de obra. Nahuapa, siendo una comunidad más joven, tiene menos inmigrantes. Sin embargo, en los tres casos se enfrentan dificultades en el acceso a pago diferido en los comercios. En Carrillo Puerto, los inmigrantes son indígenas coras del norte del estado, y quien los emplea funge de alguna manera como aval —sobre todo moral, aunque se espera que cubra las deudas si el trabajador se va sin liquidarlas. El periodo durante el cual se establece la confianza puede ser de algunos meses —como es el caso de Nahuapa, donde los inmigrantes se mezclan con los locales en distintos tipos de empleo—, o algunos años —como es el caso de Ayuquila donde los locales casi no conocen a los inmigrantes dado que viven en una colonia un tanto separada del ejido— o

¹² Ayuquila es uno de los poblados más antiguos del valle de Autlán-El Grullo, construido sobre los restos de una hacienda relativamente próspera que sobrevivió

nunca —como es frecuentemente el caso de Carrillo Puerto, donde los inmigrantes sólo permanecen durante el periodo de trabajo y en ocasiones no regresan.

Por otro lado, el ingreso puede verse agudamente mermado por el precio de los artículos de consumo, el cual, en el caso de Nahuapa, es sensiblemente mayor, puesto que las mercancías entran a través de ciudades turísticas. El ingreso además se ve disminuido por la ausencia de servicios de salud. Carrillo Puerto cuenta con una pequeña clínica equipada con dos doctores (generalmente haciendo su servicio social), Ayuquila tiene un centro de salud atendido por una enfermera y Nahuapa es visitado por una enfermera dos veces a la semana para proporcionar algunos

hasta los treinta cuando se implementaron las reformas agrarias en la región. Tanto en Ayuquila como en Carrillo Puerto el ganado contribuyó a que se amasaran grandes y medianas fortunas, eso es, hasta principios de los noventa cuando los precios cayeron drásticamente.

servicios.

Además, existe en los tres poblados un porcentaje de ingreso no registrado que proviene de los emigrantes profesionistas o de quienes ya no viven en el pueblo pero ayudan a sus padres. La emigración es fuerte en los tres casos, pero 11% de los habitantes de Carrillo Puerto tienen licenciatura, comparado con 2.5% en Ayuquila y sólo 0.3% en Nahuapa. Los habitantes de los poblados se enorgullecen de sus profesionistas. Unos pocos trabajan en los pueblos o cerca de éstos, y la mayoría compra su mandado semanalmente en las ciudades medianas más cercanas. Su ingreso mensual cubre un rango de 3 200 a 7 000 pesos, aunque la mayoría obtiene 4 200.

Los tenderos conocen la situación económica de sus clientes, quienes forman parte de redes familiares o de amistades, y las decisiones para conceder o negar el crédito —y exigir pago o no— se basan en este conocimiento, además de que entran en juego conflictos y resentimientos. Sin embargo, se espera discreción de su parte. Los tenderos no ignoran la dinámica de murmuraciones y habladurías en los círculos sociales locales, y no deben parecer demasiado avaros si quieren mantener sus clientes y sus relaciones sociales. Los *boycotts* a los tenderos no son poco comunes, por más desorganizados y espontáneos que éstos sean.

La economía de los tenderos mismos es generalmente precaria. Si el negocio logra sobrevivir, su ingreso puede ser del rango de 850 a 4 000 pesos mensuales. Se quejan de que su trabajo es esclavizante, puesto que deben abrir muy temprano en la mañana y cerrar bastante tarde en la noche, y muchas veces abren también los domingos. Algunos tenderos complementan su ingreso con trabajo al jornal, otros más exitosos diversifican sus actividades económicas con producción agrícola, ganado, la instalación en su tienda de la caseta telefónica del pueblo o comercio a escala mayor.

Así, la precariedad de las economías de los

pueblos condiciona las normas y procedimientos que forjan las relaciones entre los tenderos y sus clientes.

Maromas y subterfugios: la cuestión del control

Nadie posee los hilos del control en las relaciones entre los tenderos y sus clientes, aunque éstos pueden, hasta cierto punto, ser manipulados por muchos. Tanto los tenderos como los clientes necesitan trabajar sus redes, cooperar y construir relaciones de confianza, pero la competencia, la diferenciación social y la exclusión juegan papeles importantes.

Recurrir al pago diferido se puede relacionar con la inseguridad general en la que vive la gente. Frecuentemente es difícil planear siquiera la siguiente comida, al no saber si llegará, de alguna manera u otra, algo de dinero o si algún vecino o familiar compartirá un platillo. Puede también ser una estrategia de género: las mujeres adquieren abarrotes, pero también ropa y zapatos en pagos para obligar a sus maridos a cubrir los gastos del hogar. Explican que con frecuencia sus esposos se resisten a “darles para el chivo”, pero con el argumento de que ya se debe, se ven forzados a pagar.

El caso de Julia, una joven madre de dos hijos que vive en Nahuapa, es ilustrativo de esta situación. Julia terminó su secundaria, pero dejó los estudios al embarazarse de su primera hija. Ha vivido con Ricardo, el padre de sus dos hijos —en un tejabán de lámina de cartón que ella misma construyó con la ayuda de su compadre— por más de siete años, pero no se ha querido casar con él, puesto que tienen problemas entre ellos. Cada vez que trata de dejarlo, él amenaza con quitarle los hijos. Ella teme que la legalización del matrimonio le daría a Ricardo más derecho sobre los hijos. La pareja no tiene tierra y Ricardo no siempre tiene empleo. Cuando sí lo tiene, gasta la mayor parte del dinero en mujeres y bebida. Julia tiene que depender de lo que le

puede extraer a él y de lo que recibe ocasionalmente en comida, dinero o ropa de su suegra. Es difícil sacarle dinero a Ricardo. Cuando llega su raya el sábado, simplemente dice que el patrón no le pagó. Julia después se entera por amigas y vecinas que se le vio en alguna cantina, tomando con otras mujeres.

Julia dice que cuando ella confronta a Ricardo con la necesidad de dinero para comprar leche para los niños u otros artículos indispensables, la manda a pedir fiado de la tienda de la esquina. Al principio odiaba hacer esto, pero después decidió que era el único juego que podía jugar. Explica que va a la tienda, obtiene lo que necesita —frecuentemente incluyendo una Coca Cola para ella y algunas papitas o dulces para los niños— y al final de la semana le dice cuánto deben. En otros expendios adquiere también la leche, el queso, el pan y las tortillas fiadas. El pagar deudas es cuestión de honor para los hombres en el pueblo, y Ricardo no es la excepción. A veces Julia aumenta la cantidad un poco para tener dinero para imprevistos tales como alguna cuota en la escuela de su hija, sabiendo que a Ricardo le dará vergüenza dirigirse directamente a la tendera (puesto que implica el reconocimiento de que necesitó un préstamo) y enviará el dinero con ella.

El caso de Julia confirma nuestro argumento con respecto al entretnejimiento de identidades en las cuestiones económicas. Las “maromas” como éstas no son poco comunes. Proveen un control momentáneo, una manera de superar un obstáculo. Emma, de Carrillo Puerto, por ejemplo, utilizó su identidad como viuda para cancelar una deuda que para ella era injusta. Benita, de Ayuquila, pudo superar “la mala racha” al “engañar al estómago” como ella dice, y con dinero de “aquí y allá” —en su caso, un préstamo de su madre, una deuda no pagada, y luego dinero que su hija envió para cubrir las necesidades de sus hijos. Sin embargo, tuvo sus resacas. Una deuda no pagada significó que Benita ya no pudo

recurrir a sacar fiado en esa tienda y estaría en términos negativos con las redes sociales del tendero. La identidad de Emma como viuda implicaba exclusión y marginación en otras esferas de su vida cotidiana, y Julia tenía que subordinarse a su esposo y complacerlo en sus deseos para sostener su juego, reforzando así su *status* desigual como mujer. Las batallas continuaban, y fueron enfrentadas con armas igualmente inestables y momentáneas.

Esto contrasta con el caso de Jaime, de Nuevo Nahuapa, el pueblo en el que vive Julia. Cuando se fundó el poblado en 1975, todas las familias empezaron con recursos más o menos similares —prácticamente nada excepto una parcela marginada del distrito de riego. Uno o dos tenían algún vehículo viejo y dos poseían ganado. Sin embargo, en 1993 ya se dejaban ver claras diferencias entre las familias. No más de diez de los 150 habían logrado convertirse en algún tipo de empresarios. Algunos habían vendido sus tierras, otros emigraron y el resto se veía en la necesidad de complementar sus actividades agrícolas con el jornal u otro tipo de trabajo.

De los diez, Jaime es con mucho el empresario más exitoso. Para estas fechas (1999) posee un tractor, dos vehículos, un pequeño hotel, ganado, lotes urbanos y parcelas que ha comprado a sus vecinos, y es accionista en una empacadora recientemente establecida. Es uno de los compradores de papaya mejor conocidos en la región, y viaja frecuentemente a Tijuana para asegurar sus exportaciones. Por supuesto, cuenta con acceso casi ilimitado a crédito en las tiendas locales. En ocasiones adquiere grandes cantidades de alimentos fiados para llevar a sus trabajadores en el campo sin especificar el plazo para pagar. Al preguntarle cómo ha logrado todo esto, sonrío y dice: “Nada es mío. ¡Lo debo todo!”

Y en efecto, pude ser testigo de la manera en que lleva a cabo algunas de sus transacciones. Una tarde vendió el tractor para pagar una deuda, pero tres semanas después ya había adquirido otro a crédito. Vendió un pedazo

de tierra cuando llegaron a ofrecerle una papayera lista para cosecharse —el dueño no podía cubrir el costo que implicaba el corte. Sus negociaciones no siempre eran ventajosas, podía, por ejemplo vender un pedazo de tierra a un precio menor del cual lo adquirió, pero explica que en ocasiones necesita el efectivo y renunciar a una pequeña suma le puede proporcionar la oportunidad de hacer más dinero si está dispuesto a negociar. Jaime depende fuertemente en sus redes y en la manipulación de su identidad. Sus transacciones económicas se llevan a cabo con una fuerte dosis de “divisas sociales” que aumentan sus relaciones de confianza. En las tiendas locales, por ejemplo, frecuentemente intercambia el favor de haberse permitido un pago diferido con otros favores, tales como contactos con un distribuidor, el uso de un vehículo, o simplemente amistad, invitación a fiestas y algunas papayas como regalo.

Al hablar con Jaime, uno se queda con la idea de que la frontera entre los números negros y rojos es borrosa. Su capacidad de adquirir deudas y créditos nuevos se convierte en parte de sus activos. Por supuesto que puede haber resacas también, puesto que su riqueza, como la de muchos otros comerciantes, dueños de compañías y grandes inversionistas existe en tanto no se presente un evento que precipite la necesidad de definirlo de manera diferente.

Jaime no es un individuo aislado, capaz de ejercer control sobre ciertos procesos económicos, es una persona inserta en redes de relaciones sociales dentro de las cuales se colocan, negocian y legitimizan limitaciones. Se establecen y etiquetan ciertos modelos y la gente actúa en concordancia con las definiciones que se han atribuido a tales etiquetas.

Para concluir

Las redes de relaciones sociales cubren no sólo las asociaciones entre gente, sino entre gente, objetos e interpretaciones de los objetos, de la gente y de sus relaciones. Por esto nuestra

insistencia en la relevancia de la negociación de identidad y de las divisas diferenciales por medio de las cuales se establecen e impugnan las equivalencias.

Tales negociaciones, sin embargo, no se circunscriben a los dominios de interacción locales. Hay procesos más amplios que cruzan tales dominios, procesos que se forjan, organizan y negocian dentro de campos de interacción más amplios. El acceso al dinero, por ejemplo, no puede ser comprendido sin hacer referencia al campo de las operaciones financieras y los sistemas monetarios; los precios locales están incrustados en el escenario mayor de los mercados y sus mecanismos de operación; y las diferencias de género locales no están desvinculadas de procesos más amplios de demarcación social. Tales campos han sido objeto de escrutinio por académicos y contamos con una gama de análisis profundos que nos proporcionan información con respecto a sus dinámicas y comportamiento. Pero el análisis de campos específicos en aislamiento no nos ayuda a entender las maneras heterogéneas en que la gente se las arregla en la vida cotidiana, los significados diferenciales que se atribuyen a tales procesos y las maneras en que respiran, interactúan y cambian dentro de dominios de interacción específicos.

Bibliografía

- Alarcón G. D., 1994, “La evolución de la pobreza en México en la década de los ochenta” en *La pobreza: aspectos teóricos, metodológicos y empíricos*, El Colegio de la Frontera Norte, México, vol. 6.
- Bolvinik, J., 1994, *Pobreza y estratificación social en México*, INEGI/El Colegio de México/ Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México.
- Comisión Económica para América Latina (CEPAL), 1990, *Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta*, CEPAL, C/L 533, Santiago de Chile.
- Chamoux, M.N., Dehouve, D., Gouy-Gilbert C.,

- Pepin-Lehalleur M., 1993, *Prestar y pedir prestado. Relaciones sociales y crédito en México del siglo XVI al XX*. CIESAS, México, D.F.
- Godelier, Maurice, 1996, *The enigma of the Gift*, Polity Press, Reino Unido.
- González de la Rocha, Mercedes, 1986, *Los recursos de la pobreza: familias de bajos ingresos de Guadalajara*, El Colegio de Jalisco-CIESAS-SPP, Guadalajara.
- González de la Rocha, M. y Escobar Latapí A., 1991, *Social Responses to Mexico's Economic Crisis of the 1980's*. Center for US Mexican Studies. University of California, San Diego.
- Levy, Santiago, 1994, "La pobreza en México" en Vélez, F. (comp.), *La pobreza en México: causas y políticas para combatirla*, ITAM, México, D.F.
- Long, Norman, 1986, *The Commoditization Debate*. Wageningen Agricultural University, Wageningen, Holanda.
- , 1998, "Cambio rural, neoliberalismo y mercantilización. El valor social desde una perspectiva centrada en el actor", en Zendejas y De Vries, *Las disputas por el México rural*, vol I, El Colegio de Michoacán.
- Long, N. y Magdalena Villarreal, 1998, "Small Product, Big Issues: Value contestations and cultural identities in cross-border commodity networks", en *Development and Change*, vol. 29. núm. 4, octubre.
- Long, N., Villarreal M. y Barros M., 1999, "Webs of commitments and debts: the significance of money and other currencies in cross-border commodity networks", ponencia presentada en la conferencia auspiciada por WOTRO: Commodification and Identities. Amsterdam. Junio 1999.
- Mansell Carstens, C., 1995, *Las finanzas populares en México. El redescubrimiento de un sistema financiero olvidado*, ITAM-Milenio-CEMLA, México. D.F.
- Mauss, M., 1996, (1950), *The Gift: The Form and Reason for Exchange in Archaic Societies*. Routledge, Reino Unido.
- Parry, J. y Bloch, M., 1995 (1989), *Money and the morality of exchange*, Cambridge, Reino Unido.
- Selizer, V., 1997, *The social meaning of money: Pin money, paychecks, poor relief and other currencies*, Princeton University Press, Princeton.
- Soros, George, 1999, *La crisis del capitalismo global: la sociedad abierta en peligro*, Plaza Janés, México, D. F.
- Villarreal, Magdalena, 1997, "Las hijas de vecino ante la crisis en el agro" en Valencia Lomelí, E., *A dos años: ¿Bienestar para la familia?* Red Observatorio Social, Guadalajara.



